

- “Rock al Parque fue el que inició la convivencia entre los diferentes géneros musicales. Ahora todo el mundo se puede ver, calvos, metaleros, raperos”. [pág. 52]

versus la lógica de gobernabilidad y ocultación del conflicto:

- “Rock al Parque presenta buenas bandas, hace cultura contemporánea, caló en la gente. Es unir a todos los estratos sociales en uno solo y no diferenciar por una cuestión de billete, es una cuestión de unidad social, es un evento muy democrático”. [pág. 101]

Así las cosas, *Rock al Parque 1995-2000* constituye la primera lectura en un documento gubernamental de un fenómeno de la subalternidad o subterranidad cultural. Y eso no debe pasar desapercibido.

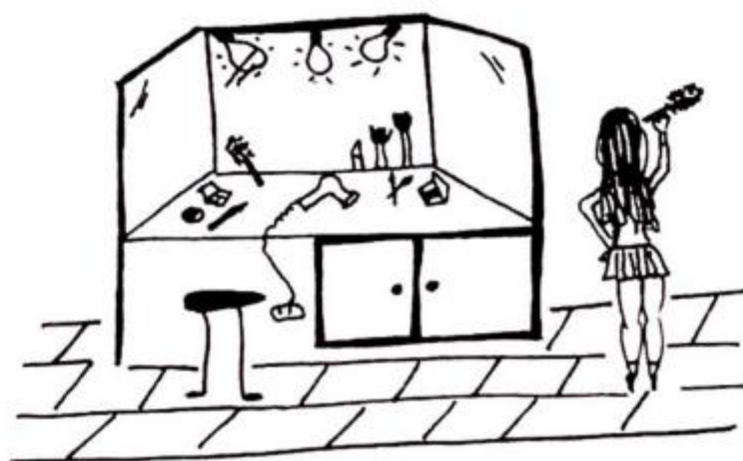
Como tal incurre en algunos de los lugares comunes y apriorismos de las políticas de la cultura y la juventud:

1. Considerar homogénea la política de la juventud en donde el grado de homogeneidad debería referirse a la búsqueda de participación, pero no a la conceptualización de una supuesta identidad —inexistente en la práctica— de tipo generacional.
2. Pretender que Rock al Parque se acercó a una *política de la cultura local*. Mientras que los recientes recortes en el IDCT —y que no le darán continuidad en el 2002— lo han reducido más bien a un “programa de coyuntura”, que no forma parte del presupuesto fijo para el sector.

Al margen de lo que aporta la edición de memoria bibliográfica de *Rock al Parque*, es preciso llamar la atención sobre la necesidad de replantear la evaluación que emprende la administración local de los proyectos que como Rock al Parque, Salsa al Parque, Ópera al Parque, Jazz al Parque, Rap al Parque y Ballet al Parque fueron concebidos como “actividades que apuntaban a

la creación de un proyecto de ciudad más amplio y democrático y a la construcción de espacios de convivencia entre todas las generaciones y los sectores sociales” (pág. 6).

En efecto, se ha estimado que más allá del balance cuantitativo (escenarios, asistentes, vatiaje, logística y seguridad; policía y bomberos) reunidos en cada una de las siete ediciones del evento, queda por hacer el balance cualitativo, perspectiva en la cual aún no se ha aclarado cuales serían algunos indicadores mínimos (respecto al desarrollo del capital cultural, social, cívico y simbólico de la ciudad, por ejemplo), y en la medida en que de año en año no fue posible construir registros o mediciones relativos a cada uno de los indicadores, qué lecciones se podrían aprender para el futuro.



Muchos otros interrogantes podrían plantearse, apenas como connotación de los comentarios o representaciones sociales que cada uno de los agentes que participan en el campo definido refleja en sus lecturas. En un reciente debate sobre la relación entre cultura y territorio, por ejemplo, se ha caracterizado la experiencia de la política cultural en Colombia como una “política de la semejanza” interesada en pasar de una construcción de “lo culto”, a una de “diálogo intercultural”, pero que, sin embargo, en casos como el que ejemplifica Rock al Parque, conllevan una disputa entre la gestión de eventos con “calidad artística” vinculada a la “cultura universal”, y la construcción —desde lo local— del multiculturalismo.

Podemos igualmente preguntarnos cuál es el grado de deslocalización de los artistas y las bandas latinoamericanas que, con el criterio de ga-

rantizar la masividad, la salida mediática y el éxito político de los eventos, son traídos a Bogotá, y una vez inmersos en un territorio y cultura particular (no Chiapas pero sí Caguán, no TEC pero sí macdonalización, no efecto tango, pero sí laboratorio economonitoreado), le confieren el mérito del más importante —pero esporádico— acto de diferenciación de lo latino —lo local— versus lo global en la contracultura más determinante de la época.

JOSÉ ERNESTO RAMÍREZ

## Uno...

### Páginas de cine

Luis Alberto Álvarez

Editorial Universidad de Antioquia, Colección Celeste, vol. 3, Medellín, 1998, 489 págs.

El nombre de Luis Alberto Álvarez está íntimamente ligado al mundo de la cultura y el arte en Colombia. Como profesor universitario, crítico y colaborador en varios periódicos y revistas nacionales e internacionales contribuyó a la divulgación y apreciación de distintas manifestaciones artísticas, especialmente la música, la ópera y el cine. Lo que mejor describe al sacerdote claretiano nacido en Antioquia, más allá de los calificativos de especialista y maestro, es su pasión por la cinematografía, desbordante al igual que su figura inmensa, su intensidad, su inteligencia. Poseía una cultura vastísima y sabía varios idiomas, lo que le permitía consultar información de actualidad en publicaciones especializadas de varios países y hacer traducciones simultáneas de las películas que proyectaba en sus cursos. Llegó a reunir una valiosa colección de libros, revistas y discos, al igual que una videoteca que envidiaría cualquier cinéfilo, no tanto por la cantidad como por la calidad y selección de los títulos que la compo-



nen. Y como si todo esto fuera poco, la vida le dio la generosidad para compartir sus conocimientos y el don para comunicarlos a amigos, alumnos y lectores.



Sí, Luis Alberto Álvarez fue esencialmente un comunicador, como él mismo lo afirmó en las palabras que pronunció al recibir el título de doctor honoris causa en comunicación social y periodismo que le otorgó la Universidad de Antioquia en 1996. Su labor como crítico, profesor y columnista atestiguan esa vocación. Valía la pena leer sus comentarios sobre cine por el solo hecho de disfrutar un texto bien escrito, con un estilo ameno. También era un placer escucharlo en sus cursos. Su facilidad de expresión era igual en lo oral y lo escrito; en ambos mostraba la misma fluidez y claridad, las que, unidas a su capacidad de análisis y a una sorprendente erudición, le permitían relacionar temas diversos y presentarlos en un contexto cultural e histórico. Estas cualidades lo llevaron a convertirse en un crítico de renombre internacional y en uno de los más lúcidos y destacados del país, si no el más importante.

Después de la muerte de Luis Alberto Álvarez, sus escritos, su biblioteca y su colección de videos fueron donados por sus familiares a la corporación que lleva su nombre y posteriormente entregados en comodato a la Universidad de Antioquia, entidad que en este momento se encarga de su administración y difusión. Sus comentarios sobre cine han sido recogidos en tres volúmenes y publicados en 1988, 1992 y 1998, respectivamente, por la Editorial Universidad

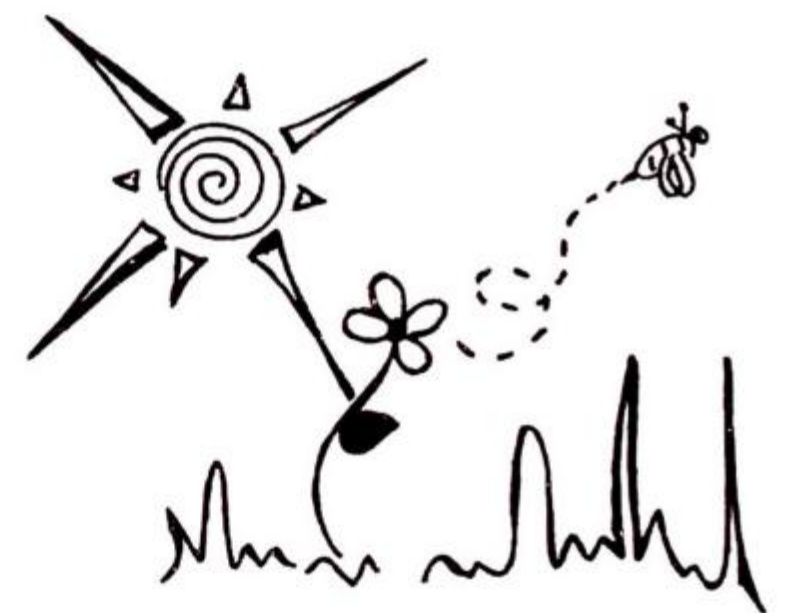
de Antioquia con el título de *Páginas de cine*, tomado de la columna semanal que escribió durante veintidós años en el periódico El Colombiano. La obra presenta información valiosa sobre directores, actores, películas y tendencias del séptimo arte, de interés tanto para los que se inician en el tema como para los expertos cinéfilos, quienes pueden consultarla fácilmente gracias a los índices onomástico y de películas que posee cada uno de los tomos. A las personas que ya conocían los artículos de Luis Alberto Álvarez, la publicación les ofrece la posibilidad de repasarlos una y otra vez, con la certeza de encontrar siempre análisis acertados, interpretaciones interesantes, datos valiosos sobre los momentos claves en la historia de la cinematografía.

Los artículos del tercer volumen, al que quiero referirme de manera particular en esta reseña, fueron publicados casi todos en El Colombiano entre 1990 y 1996, y su selección fue realizada por Luis Fernando Isaza Palacio, amigo del sacerdote, conocedor de su obra crítica y una de las personas que colaboraron en la compilación de los dos primeros tomos. Según lo expresa el propio compilador, los textos fueron escogidos atendiendo “no a la importancia de la película o personaje a que se refieren, sino a la originalidad, emoción, profundidad de la mirada y calidad literaria de ellos”.

En esta obra se repasan temas tan diversos como los cien años del cinematógrafo, el cine colombiano, los clásicos del cine mudo, el cine de Hollywood, los directores clásicos, las estrellas de la pantalla y la cinematografía del tercer mundo. Está lo local y lo universal, lo viejo y lo nuevo, el cine comercial y el marginal. Hay artículos que presentan un balance histórico, como “La perspectiva de la región en el cine colombiano”, o “Consideraciones sobre los cien años de una técnica, un lenguaje y un arte”. Hay otros que se centran en el análisis de películas, entre los que vale la pena destacar el magistral estudio sobre *El ciudadano Kane* de Orson Welles, película considerada por algunos la más importante en la histo-

ria del cine y a la que el padre Álvarez describió como “una pieza completa, perfecta, creada en absoluta e irrepetible libertad, marcada en cada uno de sus aspectos por la mano de un demiurgo genial”.

Otros artículos se dedican a repasar el conjunto de la obra de un realizador. Es el caso de “¡Ciao, Federico!”, un texto que el crítico escribió en tres entregas como homenaje póstumo al director italiano Federico Fellini, uno de sus favoritos. Varios centenarios fueron pretexto para ensayos sobre clásicos del celuloide; por ejemplo, el del actor Buster Keaton y los de los directores Josef von Sternberg y Jean Renoir (otro favorito). Una sección del libro titulada “Nostalgia” evoca a grandes estrellas de la cinematografía: la actriz francesa Arletty, conocida especialmente por el papel en *Les enfants du paradis* de Marcel Carné, y los actores Audrey Hepburn, Lillian Gish y Burt Lancaster.

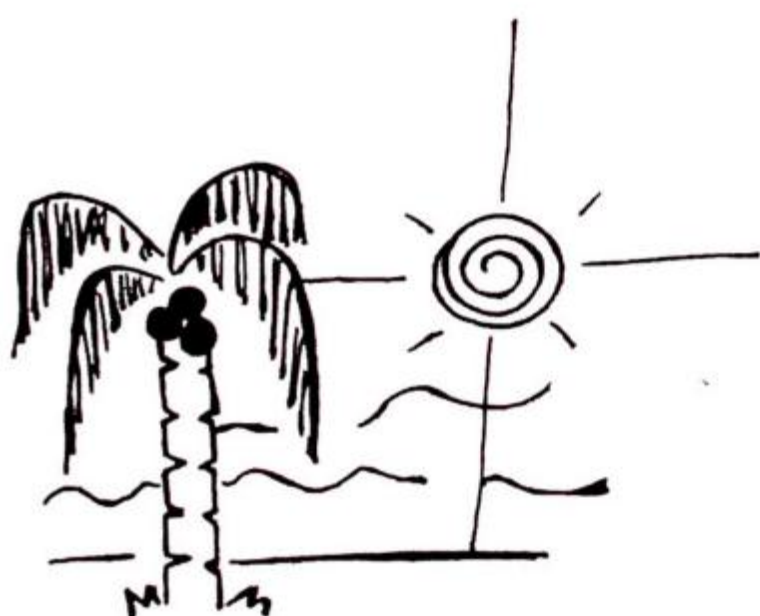


Hay que mencionar, además, el capítulo dedicado al cine colombiano, en el cual el padre Álvarez examina la reciente producción cinematográfica nacional y analiza películas de realizadores contemporáneos tales como *La gente de la Universal*, *No futuro*, *La estrategia del caracol* y *Confesión a Laura*. Aquí nos corrobora que la tarea crítica era para él un ejercicio intelectual basado en el conocimiento y análisis de las obras y no una forma de alabanza o censura personal, como lo es para tantos críticos colombianos. Nunca vaciló en señalar las limitaciones de las películas que hacían sus conocidos o amigos, como tampoco dudó en mostrar sus logros.



Como crítico y profesor, Luis Alberto Álvarez ayudó a abrir horizontes en un medio de posibilidades culturales limitadas. Las películas que presentaba en sus cursos —algunas se llamaban *Películas invisibles*, por la dificultad que existía para presentarlas en nuestro medio— eran un respiro en el panorama desolador de la exhibición cinematográfica en Colombia. Fue implacable a la hora de criticar el monopolio de los distribuidores que nos condenan a mirar los enlatados producidos en Hollywood. A este respecto cito unas líneas bastante elocuentes:

*...la presencia totalizadora, cuasi exclusiva y excluyente del cine norteamericano comercial es intolerable y deletérea. Más del noventa y cinco por ciento del cine que se hace en el mundo no es accesible, no sólo en nuestro país sino, cada vez más, en zonas más vastas del mundo. Es una dictadura impuesta, calculada y destructora, una dictadura desinformante y deseducadora con resultados nefastos. No es sólo la imposición de un país y sus modos de vida sino también de un lenguaje primitivizado, de consumo inmediato y que deja huella e incapacidades indelebiles. Es una política que perjudica incluso a las mejores tradiciones y los mejores aportes del país que ejerce este dumping universal. ["Año 101, la odisea de un medio" pág. 43]*



*Páginas de cine* logra el cometido propio de la crítica: acercar el espectador a la obra. Antes que emplear terminologías abstrusas que despistan al público, como lo hace la mayoría de los críticos para esconder

su ineptitud, el autor ilustra con claridad, a veces en forma anecdótica, a veces analítica, sobre las formas narrativas del cine, logrando que el lector entienda y aprecie mejor este arte.

Finalmente puede decirse que en este tomo, al igual que en los anteriores, se conjugan las virtudes que hicieron de Luis Alberto Álvarez un crítico excepcional: la sensibilidad por el arte, la capacidad de análisis, la facilidad expresiva, la erudición, la sencillez y claridad del lenguaje. Estas *Páginas* son una verdadera lección de cine, al igual que una lección de crítica, de las que deberían nutrirse todos los que se dedican a este oficio. En ellas su autor logró lo que todo buen maestro se propone: enseñar, orientar, despertar interés y, sobre todo, contagiar su pasión.

VERÓNICA  
LONDOÑO VEGA

## ...y dos

### **Páginas de cine**

Luis Alberto Álvarez  
Editorial Universidad de Antioquia,  
Colección Celeste, vol. 3, Medellín,  
1998, 489 págs.

En mayo de 1998 la Universidad de Antioquia publicó el tercer volumen de *Páginas de cine*, una selección de artículos del desaparecido crítico Luis Alberto Álvarez (1946-1996), escritos durante los últimos seis años de su vida. La mayoría fueron publicados en el periódico *El Colombiano*, donde él escribió semanalmente durante más de veinte años, y en la revista *Kinetoscopio*, que edita el Centro Colombo-Americano de Medellín, de la cual fue fundador y jefe de redacción.

Es fácil imaginar el sentimiento de frustración que debe producir la tarea de escoger entre los textos sobre cine de Álvarez, pues todos son tan elaborados y consistentes que uno se

inclinaria a pensar más bien en una edición completa. En esta ocasión se publicaron 65 reseñas, que se suman a las incluidas en los dos volúmenes anteriores publicados por la misma editorial. Este volumen, como los otros, agrupa las notas en capítulos temáticos; en este caso: El cine: la gran ilusión; Cine colombiano: el estado de las cosas; Allen, Lee, Altman: héroes locales; Bajo el signo del león; Un mundo aparte; Europa tan lejos, tan cerca; Los favoritos de la luna; y Nostalgia.

Un índice onomástico y otro por películas facilitan la consulta, ya que, una vez leído de corrido, este libro se convierte en una obra de referencia que seguirá cobrando profundidad y vigencia.

La presentación podría haber sido más generosa con el autor, pues la importancia y trascendencia de su labor ameritan un comentario consistente y analítico que lo sitúe en su justa dimensión y ayude al no cinéfilo a descubrirlo. No hubiera sobrado una foto suya en la contraportada o en algún otro lugar.

Álvarez comenzó a escribir sobre cine en el periódico *La Patria* en 1972 después de ordenarse sacerdote claretiano. Al año empezó a colaborar con *El Colombiano*. Tuvo programas en Radio Bolivariana y en la emisora de la Cámara de Comercio de Medellín. Dictó seminarios, cursos y conferencias en universidades y centros culturales. Realizó un cortometraje de ficción y un medio-metraje documental para la televisión alemana. En 1990 participó en la aventura de crear la revista de cine *Kinetoscopio*. Luchó mucho por un espacio de cine en la televisión colombiana. Recibió varios premios: Premio de Crítica Cinematográfica de Focine; Premio de Crítica Cinematográfica Hernando Salcedo Silva, Alcaldía de Cali; Mundo de Oro de la Cultura, periódico *El Mundo de Medellín*. Título de comunicador social-periodista, honoris causa, Facultad de Comunicación Social, Universidad de Antioquia, Medellín.

Ante la pobre oferta del medio, se equipó de controles remotos e invirtió buena parte de sus ingresos